

LIBROS

Una novela andaluza

NI soy crítico literario ni intento otra cosa con estas líneas —aparte de hacer algunas observaciones desde el punto de vista lingüístico— que dar una impresión de lectura de *Las mil noches de Hortensia Romero*, novela de Fernando Quiñones finalista del último Premio Planeta. Y si me decido a darla es porque creo, con Auden, que el gusto personal no es un procedimiento infalible, pero sí el menos falible de los procedimientos a la hora de enjuiciar una obra artística o literaria. Suscribo también la idea de Ortega de que todo escritor tiene derecho a que busquemos en su obra lo que en ella ha querido poner. "Después que hemos descubierto esta su voluntad e intención —añade nuestro más riguroso crítico literario— nos será lícito aplaudirla o denostarla. Pero no es lícito censurar a un autor porque no abriga las mismas intenciones estéticas que nosotros tenemos". Así es que no vamos a pedir peras al olmo ni innovaciones novelísticas o profundidad filosófica al libro de Quiñones.

Durante tres días, Hortensia Romero, puta malagueña de cincuenta y pocos años y todavía de buen ver —según ella dice, y aunque le esté mal el decirlo— se confiesa ante un magnetófono para la encuesta de una estudiante de Sociología. Se trata de un pretexto, ni mejor ni peor que otro cualquiera, para que el autor se esfuerce en hacérsela oír directamente, con su propio acento y su propia voz. Nos encontramos, pues, ante un largo monólogo no interior, sino verbalizado —entre enumeración caótica a lo Leo Spitzer y asociación libre a lo Sigmund Freud—, un poco a la manera de *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, pero en andaluz popular de Cádiz, que alguna ventaja le lleva, posiblemente, al castellano coloquial de Valladolid.

Y es éste el principal punto a favor de este libro: el buen oído y la habilidad de su autor no ya para captar, sino para transmitir el tono con los medios justos, sin pasarse ni quedarse corto. Desde el punto de vista lingüístico-literario, podemos apreciar dos

aciertos fundamentales. El más evidente está en el modo de transcribir fonéticamente el habla popular andaluza. Entre el Escila de una ortografía estrictamente académica y la Caribdis de una transcripción más fiel, con inevitables connotaciones quinterianas y pandereteras, Quiñones ha optado por la única solución inteligente, que consiste en subrayar ciertas palabras de fonética especialmente dialectal o popular —mu desconcertaitos,

pa to sus muertos— y marcar así, sólo de cuando en cuando, el tono y el acento de la confidencia.

El otro acierto importante está en el nivel morfosintáctico, donde Quiñones no rehúye el vulgarismo expresivo —"lo que me se venga a la boca", "calles muy grandisimas", "el campo furbó"—, aunque tampoco lo prodiga, guardando así un difícil equilibrio entre el lenguaje como medio para contarnos una historia y

el deseo de transmitirnos también la verdad y el sabor del habla viva de su tierra. Por último, en el campo del léxico, el peligro hubiera estado en sacar a relucir una colección excesiva de palabras y acepciones dialectales o gitanas, lo que habría desvirtuado la riqueza real del habla popular andaluza, privándola así de su ritmo y viveza naturales hasta volvérsela empalagosa y engoniparnos con ella. Quiñones se limita a usar las palabras que

ADIOS A LAS LETRAS

Pobres años

CUANDO visité en México la sede de la Embajada de la República Española del exilio, en 1973, yo sabía que estaba entrando en un símbolo.

Hay símbolos que tienen puertas y ventanas. Son los símbolos a los que les entra el aire, y por eso se mantienen vivos, en buena parte.

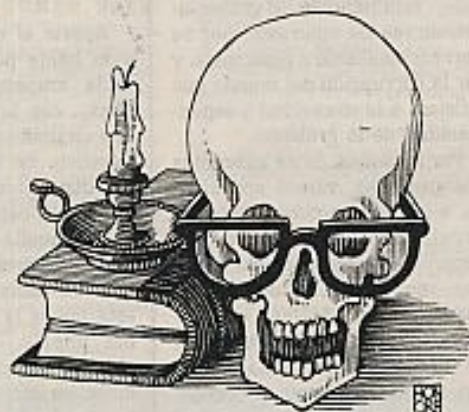
Hay otros símbolos en los que entran los historiadores y hallan naftalina. Son símbolos muertos que luego viven en los libros, descubiertos en su esplendor y relatados luego con oro y plata, como los recuerdos de los faraones egipcios.

Hasta los libros de la Embajada republicana de España estaban amarillos. Hay símbolos que son amarillos. Se les ponen colores a los lados y son símbolos para unos o para otros, dependiendo de qué clase de color coloque uno, y si éstos son iguales entre sí o diferentes. Luego la gente pone esos colores en las solapas y te paran por la calle a ver por qué no los llevas.

Uno nació en un mojón fronterizo. Ese es mi problema. Todos los símbolos me son propios, porque de ninguno me siento dueño. Hay en mi cuarto de trabajo una frase de Pierre Drieu de La Rochelle que nunca había transcrito: "Si yo hubiera sido un niño abandonado en un mojón fronterizo, ¿cuál hubiera sido mi patria, mi religión, mi clase?". Yo fui ese niño. La Rochelle no tenía por qué saber que había un ejemplo sobre la tierra. Mejor, sobre el mojón.

Pero, a lo que iba. Me apasionan los símbolos cuando dan estertores, cuando poco a poco los van sepultando y ellos se alzan como si temieran perder la camisa o la vida. Por eso me acerqué con respeto aquel mediodía a aquella vieja, desvincijada, histórica cita de españoles históricos. Desde mi mojón, yo allí aparecí como un invitado de tierra.

Me traje a la memoria la visión de aquel lugar un anuncio que acabo de escuchar en la televisión mientras comía un jamón de Trévez, el mejor jamón de diciembre. En enero ya es bueno probar jabugo. Desde la pantalla decían que iban a apa-



recer unos fascículos de *Bravo Morata*, un historiador, al parecer, sobre los juicios que ahora podrían hacerse a la Historia pasada, y los anunciadores ponían en el mismo saco, en el mismo renglón, acto y seguido, sin solución de continuidad, a la República española y a la talidomida. ¿Con qué cara van aquellos años a defenderse de la Historia si se les pone en tal atroz compañía? ¿Con qué cara hubiera recibido Azaña, e incluso Negrín, que era científico, qué hubiera dicho Besteiro, con qué armas iba a defenderse Araquistáin, cómo hubiera reaccionado Marañón si se les informa desde esta tumba a la ultratumba que iban a ser juzgados en igual saco que dicho medicamento desafortunado?

Fue una noche aciaga para mis recuerdos. Los pobres años reducidos a un juicio de la Historia, parapetados junto a la talidomida en un hemisiciclo acusador del que provienen las invectivas del historiador. "¿Es usted culpable o inocente?". Toda la vida respondiendo a tan falaz pregunta, viviendo pobremente en la sierra de Teruel y en la memoria de los que se olvidan.

Esperemos, en fin, que la Historia defienda bien aquellos pobres años, tan ricos, sin embargo, que ya hasta aparecen en televisión, aunque sea junto a la talidomida. ■ SILVESTRE CODAC.

de verdad vienen a cuento, sin excesos ni pudibundeces, y darnos al final una lista a modo de pequeño vocabulario andaluz para andar por casa.

Estructural y temáticamente, *Las mil noches...* es una novela picaresca con protagonista —y narradora— femenina. Las únicas novedades consisten en que la narración no se hace por escrito, sino oralmente, y en que la cronología del relato, más que a un orden lineal estricto, nos remite a la espontaneidad de los recuerdos y a las orientaciones de la encuestadora. Las cartas intercaladas de un profesor a su antiguo maestro de la Universidad —¿don Jacobo o don Gustavo?—, remitiéndole las grabaciones, sirven de contraste, por su convencionalismo e hipocresía, y por la corrupción del mundo que reflejan, a la sinceridad y espontaneidad de lo grabado.

Por lo demás, entre anécdotas y digresiones, vamos conociendo, a la manera clásica y tradicional, autobiográficamente, la historia de la protagonista desde que, muy joven todavía, tiene que escapar de Málaga e ingresar en un "chalet" de la Alameda de Hércules, en Sevilla, hasta que, a través de muchas vicisitudes y acumulación de experiencias en diferentes casas de prostitución gaditanas, se nos presenta, a la hora de la entrevista, ya cincuenta y más o menos jubilada de su antiguo oficio. Quizá, en toda esta piriñaca de anédo-

tas y comentarios haya un predominio excesivo de éstos sobre aquéllas, y, entre las anécdotas, una falta de vertebración novelística, una excesiva liberalidad a la hora de dar entrada a sucedidos, cuentos populares y pequeñas historias que nada, o muy poco, añaden a la personalidad o a la biografía de Hortensia Romero. Sobrándole páginas para el género novelístico tal como suelen cuantificarlo las bases del Planeta y otros concursos, se tiene la impresión, en algunos momentos, de que el autor ha intentado estirar el relato con la pretensión de alcanzar algún secreto objetivo (tal vez, la apetitosa cucaña del premio al que aspira).

Aparte el monólogo femenino y el habla popular o coloquial, nada emparenta *Las mil noches...* con la novela de Delibes que citábamos al principio. En el novelista de Valladolid hay ironía distanciadora; en el gaditano, identificación con el personaje. En aquella novela se transcribía el discurso de una mentalidad reaccionaria, intolerante; en ésta oímos la voz de una mujer del pueblo —y del arroyo— abierta, liberal, con ideas, sin duda, no muy distantes de las de su creador sobre temas como el divorcio, la contracepción, el habla andaluza o la homosexualidad (páginas 67, 112, 148 y 218). Sin embargo, quizá el defecto de las dos novelas venga a ser el mismo: leídas las cincuen-

ta primeras páginas, aceptado —y aplaudido— el procedimiento, uno no encuentra demasiadas razones para seguir con la lectura, aparte el interés lingüístico y —en este caso— el libidinoso. Pero quede claro que esto, como ya avisé, no lo dice un crítico literario, sino un mal lector de novelas que en su día no fue capaz de leerse las cuatrocientas páginas de *El Jarama* y que sigue siendo uno de los pocos españoles que presume de no haberse dejado encandilar con *Cien años de soledad* y otros estupefacientes. ■ JOSE MARIA VAZ DE SOTO.

MUSICA

Bill Evans, sabio y sentimental

CONTINUANDO la racha que inició Stan Getz, y que es de esperar prosiga con nombres del mismo calibre —el proyecto está ahí—, el pianista Bill Evans ha actuado en el club Balboa dos días, en sesiones de tarde y noche. Evans es hombre que no extraña los grandes auditorios, y escucharle en un club pequeño resulta un auténtico privilegio y algo que, por caro que resulte, dignifica y hace un poco más apreciable la ciudad en que sucede y las sensibilidades a las que afecta. Después de todo, no sale

uno por más que si se comprara una entrada buena para un Madrid-Atlético, o un tendido para ir a tirarle rollos de papel higiénico a Curro Romero, y ustedes perdonen la manera de señalar.

Llega Bill Evans a Madrid en un momento interesante para cazarle "en vivo". Tan claro y analítico como es fama, desde hace algún tiempo —posiblemente desde su álbum con Tony Bennett— parece apuntar un pequeño cambio en su actitud hacia lo que hace. O quizá el cambio no sea tan pequeño. A los cincuenta años, que de cerca se le notan; con una enfermedad de hígado que le hace retener líquido precisamente en las manos —uno no comprende cómo pueden seguir tan hábiles—, Bill Evans reconsidera su estilo. La portentosa expresividad que comunica a su juego esa facultad de enunciación inimitable que, curiosamente, le han hecho el más imitado de todos los pianistas de jazz moderno, todo eso, repito, sigue ahí, y con la misma garantía de una técnica todo lo sólida que se puede pedir. Pero no soy el único que advierte un empleo alternativo de esos recursos, e incluso una diversidad técnica mayor, más libre y menos preocupada de identificar a quien la posee. La célebre cualidad lírica de sus interpretaciones es ahora más intensa, y parece más deliberada. Escuchar hasta hace sólo tres años a Bill Evans tenía mucho de ejercicio intelectual; por lo

El Rincón de los Juegos.

El empollón de la clase perdió ayer jugando a "El lepe"

A partir de los ocho años, ¡ya tienes una cultura!
Que puedes poner a prueba, pasando ratos muy buenos.
¿Cuántas monedas de otros países eres capaz de mencionar,
en menos de 30 segundos?
¿Cuántos metales preciosos?
¿E instrumentos musicales...?
El Lepe combina azar con tiempo y conocimientos.
Y contribuye a ampliar reflexos, vocabulario...
Y otro dato muy importante: como muchos Juegos Educa.
El Lepe tiene vigencia desde 8 años... a 99.

el lepe
Divierte a toda la familia.

